



Documento Síntesis de la fase diocesana en la
Archidiócesis de Mérida-Badajoz



En una Iglesia sinodal, que anuncia el Evangelio, todos “caminan juntos”: ¿Cómo se realiza hoy este “caminar juntos” en la propia Iglesia particular?
¿Qué pasos nos invita a dar el Espíritu para crecer en nuestro “caminar juntos”?

Para responder a esta pregunta, hemos recogido de entre todas las reflexiones, análisis y propuestas que se han aportado en los documentos aportados por los distintos órganos y delegaciones diocesanas, grupos arciprestales y parroquiales, movimientos de vida apostólica o asociaciones laicales, comunidades de vida religiosa y grupos de alejados, que han participado en esta fase diocesana del proceso sinodal, aquellos que con mayor frecuencia se repiten de alguna u otra manera.

De igual forma, hemos intentado respetar, en la medida que una redacción coherente y comprensible lo permite, las expresiones originales tal y como nos han llegado.

Cómo se ha vivido la dinámica sinodal

El sentir general que se desprende de los documentos recibidos es que el proceso sinodal ha supuesto una experiencia de discernimiento comunitario que fortalece el sentido eclesial y ha servido para mirarnos en nuestra propia realidad como comunidades parroquiales, grupos y movimientos.

Nos indica un modo de ser y de proceder como Iglesia diocesana, una metodología de trabajo permanente que nos sirva para concretar las intuiciones surgidas.

Lo más valorado es el proceso mismo: el sentirnos todos comunidad, la libertad para expresarse, la posibilidad de escucha, el compartir inquietudes, deseos, dificultades, dudas... El diálogo fraterno y la reflexión compartida han hecho experimentar ilusión y esperanza, y han sido una oportunidad para dinamizar la comunidad, que expresa su deseo de seguir caminando juntos.

Es cierto que la participación y la profundización en debates y deliberaciones se han visto mermadas por la pandemia, por la inmediatez de las tareas pastorales en las que se está inmerso y por la falta de una mejor planificación del proceso, donde se ha echado de menos una mayor y mejor preparación de metodología, materiales y tiempos.

Las reuniones, por lo general, han estado siempre llenas de buen ánimo y disposición, y el ambiente en el que se ha desarrollado ha sido cordial.

Los compañeros de viaje

Cuando nos referimos a la Iglesia, afirmamos que somos todos los bautizados, que compartimos el mensaje de Jesús y que formamos el pueblo de Dios que camina junto, para hacer realidad el proyecto del Reino.

Se señalan los distintos grados de participación que se dan en la vida de la comunidad parroquial y en la práctica sacramental (comprometidos, practicantes, alejados, desencantados).

Nos vemos como una Iglesia abierta y universal, cercana, acogedora y solidaria, que no quiere excluir a nadie, cuyo mayor activo es el Evangelio y que expresa su preocupación por:

- La indiferencia, indolencia y apatía con la que muchos vivimos la fe.
- Como muchas comunidades se van viendo mermadas en número, en vida fraterna y actividad pastoral, por el envejecimiento de sus miembros y la falta de relevo generacional.
- Dejar a un lado una fe contagiada de individualismo y recuperar la conciencia de una fe vivida en comunidad y con sentido de fraternidad, desde la vivencia en grupos de los valores evangélicos.
- Acompañar y acompañarnos los unos a los otros en el crecimiento de la fe, con procesos de catecumenado que tomen en serio los sacramentos de la iniciación cristiana.
- Excesivamente centrada en lo sacramental y, en muchas ocasiones, incapaz de enganchar con la vida de la gente.
- Una Iglesia local acomodada y con cierta nostalgia por el pasado, más interesada en "mantenerse" como está y temerosa de asumir riesgos y acciones que nos hagan "salir al camino" de los alejados y de los no creyentes.
- Integrar en la vida de nuestras comunidades a las personas empobrecidas y marginadas, a las que acogemos y acompañamos en los distintos organismos y servicios sociocaritativos; a los jóvenes y adultos; a las personas migrantes; a las personas homosexuales; a las personas divorciadas que han vuelto a rehacer su vida con otra pareja y a matrimonios y familias rotas.
- Desarrollar la misión evangelizadora como tarea compartida de presbíteros, consagrados y laicos, como consecuencia del sacerdocio común. En este sentido, se echa de menos todo lo que pueden aportar a la vida de nuestras comunidades parroquiales las comunidades de vida contemplativa.
- Reivindicar e incorporar a la mujer en las estructuras y responsabilidades eclesiales y en la vida pastoral.

Escucha

Nuestra escucha está, en muchas ocasiones, mediatizada por ideologías y posturas ancladas en prejuicios, que nos impiden valorar la riqueza de lo plural, y que nos llevan a adaptar el Evangelio a la conveniencia de las posiciones que se defienden.

Las prisas y el ritmo acelerado de nuestro estilo de vida impiden una escucha atenta, fraterna y desde el silencio.

Se hace preciso un aprendizaje de la escucha como parte de nuestra espiritualidad y de un estilo pastoral que, guiado por el Espíritu Santo, nos lleve al diálogo con el mundo.

Del mismo modo se echa en falta mayor escucha y diálogo entre presbíteros y laicos, por lo que se pide establecer momentos de encuentro y cauces de comunicación en la comunidad para compartir la vida y cuidar la comunión.

Tenemos deuda de escucha con los jóvenes, con los más pobres, con los que no piensan como nosotros y con el mundo de la ciencia y de la política.

Tomar la palabra

En muchas ocasiones no nos sentimos libres para expresar lo que pensamos o sentimos, como extraños en nuestra propia casa, por miedo a ser juzgados, señalados y rechazados, por nuestros propios hermanos en la fe, pero también porque hay un laicado en gran medida poco consciente de los derechos y deberes que tiene como bautizado, de participar activa y corresponsablemente en la misión evangelizadora de la Iglesia.

Se ve necesario generar y potenciar espacios donde todos los miembros puedan sentirse escuchados, tomar la palabra y expresarse, y que promuevan la unidad de acción y la coordinación pastoral (consejos diocesanos, arciprestales, parroquiales, asambleas parroquiales, comisiones de trabajo, grupos de espiritualidad, de oración, de formación o preparación de tareas parroquiales, etc.).

Celebrar

Se percibe una sed de espiritualidad en la sociedad a la que como Iglesia no estamos sabiendo responder, desde el anuncio del Evangelio y el cuidado de la interioridad y la trascendencia, como dimensiones fundamentales del ser humano.

Las celebraciones no nos animan a “caminar juntos”. Estamos celebrando al lado del otro, pero de forma individual y hay una gran falta de sentido comunitario.

En las celebraciones litúrgicas nuestro lenguaje es elevado y alejado de la realidad, lo que, junto a la falta de formación, la rigidez en los ritos o ritualismo y, en algunos casos, la monotonía e invariabilidad de los mismos o el exceso de ellos, parecen que no facilitan la vivencia del Misterio de Dios y la participación activa de la comunidad en la celebración, que debieran ser más alegres y más vivas.

Se subraya la dificultad que tienen los niños, en muchas celebraciones litúrgicas, para que entiendan lo que se celebra.

Se pide generar espacios de cuidado de la liturgia y grupos de animación litúrgica debidamente formados que preparen y animen las celebraciones de todos los sacramentos.

Del mismo modo, y muy insistentemente, se señala la centralidad de la celebración dominical de la Eucaristía en la vida de la comunidad cristiana. Y se reclama el fomento de encuentros de oración comunitaria en torno a la Palabra de Dios, que se señala como una gran desconocida.

Corresponsables en la misión

Por un lado, se apunta que, en la vida de nuestras comunidades y en su acción pastoral, todo está muy centralizado en la persona del presbítero, y se reclama mayor protagonismo laical en la misión de la Iglesia, tanto hacia dentro como hacia fuera.

Y por otro, se ve necesario un acompañamiento desde un itinerario formativo a los laicos que se sientan llamados a sembrar el Reino de Dios en el compromiso social y político, en la enseñanza, en la promoción de la justicia y la igualdad, en la vida familiar, en el mundo del trabajo y en la cultura.

Para ello se propone potenciar la formación en Doctrina Social de la Iglesia y crear espacios, materiales y estructuras que los capaciten de una manera específica, como miembros enviados de la comunidad a esta misión tan fundamental y necesaria.

Se ve importante animar al compromiso y a la responsabilidad de todos; dando oportunidad a otras personas, para que no sean siempre las mismas las que desempeñen ciertas tareas en la Iglesia. Y seguir promoviendo la atención a los más necesitados y enfermos en todas las parroquias como signo evangélico.

Dialogar en la Iglesia y en la sociedad

Nos gustaría una Iglesia más participativa, más acostumbrada al diálogo fraterno y que no tema tanto al conflicto, como una oportunidad de crecimiento y de ejercicio de la caridad.

Creemos que hay que mejorar la relación entre parroquias, donde en muchas ocasiones las dificultades entre sacerdotes, por mentalidad, discrepancias o prejuicios, se trasladan a las comunidades.

Resulta difícil elaborar una pastoral de conjunto porque nos cuesta consensuar criterios comunes de acción.

Con respecto a nuestra relación con la sociedad, hemos de promover una Iglesia que salga de los muros del templo y promueva la inculturación de la fe, de tal forma que, con valentía y parresía, hagamos comprensible el mensaje evangélico, sin desvirtuarlo, en las claves de nuestro tiempo y nuestro mundo.

A los cristianos, en general, nos cuesta ser fermento y anuncio del Evangelio en medio del mundo. Y, sin embargo, se ve necesario mayor presencia y diálogo de la comunidad cristiana en la vida pública, saber leer los signos de los tiempos, un mayor acercamiento al mundo de la política, de la cultura y de la sociedad civil.

Preocupa nuestro papel en el mundo rural, donde podemos llevar a cabo un liderazgo en las reivindicaciones por su puesta en valor y su desarrollo.

Se ve muy necesario un mayor y mejor uso de las redes sociales, generar más foros de diálogo (atrio de los gentiles) y preparar y acompañar a los cristianos en el compromiso social y político como una de las dimensiones de la fe.

Con las otras confesiones

Nos falta mucho para ofrecer un testimonio de unidad, siendo éste un aspecto que, tristemente, no preocupa y ocupa a nuestras comunidades. Hay todavía mucho desconocimiento e ignorancia.

Se ve necesario programar encuentros más frecuentes y de diversa índole para acoger en nuestras comunidades temporalmente a algunos hermanos de las diferentes iglesias que compartan con nosotros la vida y la experiencia de su fe.

Hemos de tomar la iniciativa en el diálogo interreligioso y ecuménico y promover reuniones periódicas de diálogo y conocimiento, así como potenciar la Semana de oración por la unidad de los cristianos.

Autoridad y participación

Creemos en una Iglesia sinodal que fomente e institucionalice como forma de vivir y actuar la participación de todos los miembros del Pueblo de Dios en la toma de decisiones desde las funciones que cada uno tiene en la Iglesia

Se ve necesario revitalizar y reactivar todos los mecanismos y espacios sinodales existentes, para propiciar una mayor y efectiva participación y colegialidad en todos los niveles, así como potenciar los ministerios laicales y la asunción de mayores responsabilidades de los laicos en los distintos órganos de gobierno y de la acción pastoral.

Los ministros ordenados señalan que en las parroquias los laicos les ayudan y les capacitan al mismo tiempo para sentirse, junto a ellos, corresponsables de la misión evangelizadora, y no dueños. Pero afirman que es una asignatura pendiente aún, pues no se les educó para esto.

Se reclama un ejercicio cercano de la autoridad, donde la presencia del obispo sea frecuente en las comunidades y así conozca sus inquietudes y necesidades.

También se pide que los presbíteros ejerzan su ministerio no desde el poder, sino desde el servicio: haciéndose cercanos, escuchando, acompañando y que aprendan a delegar. Que la autoridad del sacerdocio ministerial sea para servir y presidir a la comunidad, no para imponerse a ella.

Creemos que nuestras estructuras, en todos los niveles, funcionan, en muchas ocasiones, de manera muy rígida, con una tardía renovación de sus miembros y con muy poca participación del resto de la comunidad.

Discernir y decidir

Por un lado, se señala que para la toma de decisiones no se suele dar participación y que casi siempre son los mismos los que participan en las mismas; y por otro, que no hay compromiso por parte de los fieles laicos.

Se ve necesario iniciar procesos compartidos de discernimiento que renueven y revitalicen la acción pastoral, y se apunta la metodología de la revisión de vida (ver-juzgar-actuar) como un método válido.

Formarse en la sinodalidad

Se reclama formación para promover el discernimiento y el ejercicio de la autoridad a nivel diocesano y parroquial desde un estilo y metodología basado en el trabajo en equipo.

Visión de personas alejadas

Se ha vivido con mucha ilusión y se agradece ofrecer espacios para participar y ser escuchados, dando voz a quienes participaron y actualmente están más alejados de nuestra comunidad eclesial.

En general se ve una Iglesia que ha perdido la iniciativa, y con una voz más de condena que de propuesta, alejada de la realidad social actual, sobre todo en el nivel más alto de su estructura, aunque hay quien valora el esfuerzo que está realizando por adaptarse a los tiempos actuales y la humildad en reconocer sus errores.

Se valora repetidamente toda su acción pastoral por ayudar y acompañar a los más necesitados de nuestro mundo y la cercanía del nivel parroquial a las personas sufrientes que se acercan.

Se nos pide ser una Iglesia más sencilla y abierta, que esté más en la calle y en la vida.

Propuestas operativas

A nivel diocesano

- Promover la figura del diácono permanente, dándole mayor presencia en la vida de la Iglesia.
- Promover el Consejo del Presbiterio como órgano colegiado del presbiterio en orden a desarrollar procesos de discernimiento concernientes a la vida pastoral de la diócesis.
- Fomentar el trabajo pastoral en equipo entre sacerdotes y laicos, en todos los niveles (parroquial, arciprestal y diocesano).
- Cuidar y potenciar los espacios de convivencia fraterna en todos los niveles, que fomenten la escucha y el diálogo.
- Incrementar el papel de los laicos en las estructuras de gobierno y de acción pastoral y promover los ministerios laicales.
- Potenciar la formación permanente de sacerdotes y laicos, para sentirnos Iglesia y para crecer en corresponsabilidad.
- Revisar el lenguaje litúrgico para hacerlo más cercano.
- Formar en Doctrina Social de la Iglesia.
- Renovar periódicamente a los responsables y miembros de los equipos de las delegaciones y de los distintos consejos para dar oportunidad a la renovación de los distintos órganos de gobierno y de acción pastoral en todos los niveles.

A nivel parroquial

- Crear grupos pequeños como células de una Iglesia más comunitaria y evangelizadora, más comprometida con el Evangelio y con los desheredados de la tierra.
- Fomentar espacios de encuentro con jóvenes, con familias y con mayores, que generen en la Iglesia experiencia y conocimiento de las necesidades de estas personas o colectivos.
- Programar en las parroquias, juntos y con conciencia de trabajo en equipo, el funcionamiento pastoral y la misión, con actividades "hacia fuera", de acercamiento a la sociedad y a los alejados, y no solo actividades que se queden en el interior de la vida parroquial o comunitaria.
- Potenciar las funciones de los Consejos Pastorales como órganos deliberativos y no meramente consultivos.
- Estructurar espacios y tiempos comunitarios de oración e interiorización de la Palabra de Dios.
- Fomentar equipos de cuidado y animación de las celebraciones litúrgicas.

- Cuidar la comunicación y potenciar el uso de las redes sociales para la evangelización.
- Planificar procesos catecumenales acompañados y personalizados, que tengan muy en cuenta el perfil del catequista y su formación, y las motivaciones y situación del catecúmeno.